



1- Música

Mi generación nació en la última y más sangrienta dictadura militar por la que pasó Argentina en su historia: 1976-1982. Fue un proceso de represión política e ideológica y exterminio planificado tan siniestro y aún tan mal digerido en nuestra sociedad, que se puede decir que hasta el día de hoy no ha habido un verdadero debate público en torno a ello, y no hace falta indagar mucho para comprobar que las opiniones siguen siendo disímiles: desde los que opinan que fue una tragedia irreparable, hasta los que sostienen que debería repetirse (opinión que va cobrando fuerza desde la crisis del 20 de Diciembre de 2001), pasando por matices más o menos políticamente correctos. Como sea, lo que quiero señalar acá puede verse como una pequeña anécdota en ese contexto, pero creo que tiene un significado muy profundo. Durante esos años de persecución intelectual, de libros prohibidos, de música censurada y listas negras, uno de los fenómenos fue una especie de renacimiento de la música en español: ya fuera porque muchos militantes usaban el folclore como bandera de guerra, o porque las radios tenían prohibida la transmisión de cualquier tipo de música que se alejara de los Bee Gees, Carpenters, y cosas como esas, hasta llegar al punto de la prohibición de cualquier música cantada en inglés durante la guerra de Las Malvinas, entre Inglaterra y Argentina. Hacia principios de los '80 comenzó a surgir un género llamado "de protesta", que mezclaba influencias del folk y country norteamericanos, con algo de pop, y unos suaves vahídos de rock. Esta mezcla de estilos, venidos de la "cultura libre" que se respiraba fuera del país y que llegaba de manera subrepticia, se volvieron el canal de expresión de la juventud urbana asfixiada por los años de dictadura (digo, de la que no había desaparecido, asfixiada literalmente). Se empezó a pensar si el rock podía tener no sólo otra forma, otro idioma además del inglés, sino también otro contenido. Y la respuesta fue: Sí. Apenas recuperada una débil democracia, en el año 1983, aquellos músicos se quedaron sin tema para sus canciones, pero se transformaron en los héroes de la anticipación. De cualquier modo, lo que sucedió entonces es que los jóvenes ahora querían bailar, divertirse y "ponerse al día". Junto a las bandas que florecían por doquier, se empezó a escuchar mucha música en inglés: pop "mainstream": mucho Michael Jackson, Madonna, Prince, Peter Gabriel, Sting, y Bon Jovi, para dar ejemplos, pero también mucho punk, dark, heavy metal, todos géneros para los cuales aún no encontramos palabras en español. Algunas cosas eran difíciles de conseguir y se convertían en trofeos: una edición rara de The Cure, un inédito de New Order, o The Smiths, podían convertirte seguramente en el chico más sofisticado del curso. Luego llegaron los '90, el renacer del rock y la aparición del tecno masivo, la contienda Soda Stereo vs. Redonditos de Ricotta, la neopsicodelia, la resucitación de Jim Morrison y la llegada de Nirvana, con alguna información extra sobre el *grunge* de Seattle. Cuando el gobierno argentino decidió que la tasa de cambio del dólar era 1 a 1, de repente el mundo entró a casa, y lo que te podías comprar en Nueva York, costaba casi lo mismo en Buenos Aires o Córdoba. Así, coleccionar música fue mucho más fácil, consumir fue más fácil. Pero consumir ¿qué? Digo, ¿qué cultura se transformó en la nuestra? Y, más importante ¿qué cultura construimos?

2- *Party is over*

Desde el 20 de diciembre vivimos en un nuevo país. El 1 a 1 es ahora 1 a 3,50. Y eso no es todo: lo que hay es miseria, miseria, y más miseria. Cambios en todos los órdenes: la economía, la educación, los hábitos, las ideas, el ánimo, el paisaje urbano, la situación del campo, el desempleo, la relación con los países vecinos, con Europa, con E.E.U.U., la conciencia toda de nuestra cultura está cambiando violentamente. Se compara este momento con la década del '30, llamada también "Década infame", pero se dice que es aún peor. Aparecen nuevas y viejas preguntas en torno a la identidad, y también aparecen nuevas y viejas respuestas: nacionalismo, derechismo, extremismos varios, esperanza y desaliento, bronca y tolerancia, todo junto. Lo que está claro para todos es que no sabemos muy bien qué somos: ¿una pequeña colonia? ¿Un país a medio motor que puede despertar? ¿Un país rico pero desaprovechado? (bla bla bla) ¿una gran extensión olvidada de todos? O la tierra donde el castigo del FMI se puede experimentar de maneras concretas y nada alegóricas? Naturalmente el arte se hace preguntas también, algunas provocadas por la realidad, otras que se anticipan al futuro, y otras que buscan explicaciones al pasado. Los inconvenientes prácticos se convierten en temas en sí mismo, y las decisiones del lenguaje aparecen más claramente en relación a la ética: se acabó el papel para acuarelas, como se acabó la clase media; la edición digital se vuelve más y más lejana, pero antes de eso: los cassettes digitales empiezan a escasear, y qué es esto en comparación con las carretas de caballos que aparecieron en las ciudades? Digo, hoy en Argentina es más barato alimentar un caballo que echarle nafta a un auto. Y puede parecer frívolo quejarse por el precio del teléfono —aunque el robo organizado por parte de Telecom no es poca cosa en materia de autoritarismo—, pero lo cierto es que todas son caras de la última esperanza en la modernidad desplomándose a pasos agigantados: los canales de comunicación que teóricamente protagonizan la era posindustrial acá se hayan dañados. Y acá reaparece el problema de la traducción, porque todos, en medio del desconcierto, buscamos un correlato de la Argentina anterior en esta nueva situación. Todos tenemos que hacer una gran esfuerzo de adaptación, y no sólo porque la vida cotidiana ha cambiado en sus menores detalles (y eso es mucho) sino porque lo que era posible crear hasta el 20 de diciembre, hoy ya no lo es. El quiebre es tan profundo que no hay manera de explicar, de traducir, de reconstruir una verdad cualquiera: todo está en juicio. Esa falta de certezas se vive, por un lado como una gran oportunidad de sinceramiento, de blanqueo, de destape (por ej. un costado positivo es que el discurso neoliberal de la eficiencia y la competencia ha quedado desarticulado), pero por el otro ocasiona una tremenda inestabilidad emocional, filosófica, ética, política. Los índices de emigración son los más altos de la historia argentina: una paradoja muy fuerte en un país que se construyó por la inmigración, a comienzos del siglo XX. Hoy por hoy, muchísimas personas se enfrentan —empujadas por la desesperación y por las ilusiones— al proceso traumático de desandar el camino que sus abuelos o bisabuelos hicieron: los nietos y bisnietos de esos inmigrantes que llegaron dispuestos a construir nuevas vidas, en un idioma nuevo, en un paisaje nuevo, y que se esforzaron por borrar la huellas de sus diferencias —y eso puede parecernos hoy una postura poco respetuosa de las diferencias pero a ellos les funcionó para facilitar la convivencia con sus nuevos vecinos—, hoy deben olvidar esos sueños, olvidar este idioma, sufrir el desarraigo, el maltrato y la discriminación en países que, por su situación económica superior, pueden darse el lujo de sostener un discurso políticamente correcto de la traducción, la comprensión, y la multiculturalidad, al tiempo que reciben a los nuevos inmigrantes como ciudadanos de cuarta categoría. Resumiendo podríamos decir que hay dos tipos de traducción para un argentino: la que enfrenta aquí mismo, tratando de readaptarse a un paisaje completamente nuevo, y la que practica viviendo —legal o ilegal— en cualquier país del "primer mundo". En ambas situaciones aparece la obligación de traducirse a sí mismo dentro de un sistema en el que la verdad es una sola, aplastante y silenciadora: la verdad del idioma del mercado. Idioma que, no casualmente, se superpone con el inglés y su primacía en el planeta entero es la prueba más contundente de la identidad del poder que nos gobierna. ¿O acaso se imaginan un mundo en el que el pop se cante en árabe? Uy, qué miedo.